

En este tiempo tan erudo...



Suplemento especial dedicado a El Seráfico en el 200 aniversario de su nacimiento

El Seráfico revisitado

El pasado miércoles, 22 de febrero, se ha cumplido el segundo centenario del nacimiento de Francisco Ganga Ager (1812-1871), más conocido como El Seráfico, poeta popular de honda raigambre eldense. Su recuerdo en la memoria colectiva ha perdurado de forma indeleble. El impacto de los versos improvisados por aquel tipo que sin ser escritor, ni juglar, sino un simple jornalero de humilde estirpe y “misérrima familia” quien, además de dejar pruebas de su trabajo por

toda la comarca, iba dejando *perlas* de su natural talento allá donde se encontrase, nos impulsa a traerlo de nuevo a la actualidad e invitar a su relectura. Composiciones que, una veces cargadas de humor, otras de amargura, de hedonismo o de resistencia estoica ante el peso abrumador e inexorable de la realidad, fueron memorizadas por una audiencia deseosa de escucharle y transmitidas oralmente a través de varias generaciones hasta llegar a su recopilación en libros.

Con este motivo, *Valle de Elda* dedica unas páginas especiales a su vida y su obra, en las que distintos colaboradores desarrollan otros tantos aspectos esenciales de su trayectoria, al tiempo que hemos aprovechado para incorporar las opiniones expresadas sobre el bardo trashumante por cualificados especialistas como Lamberto Amat, Emilio Vicedo y Alberto Navarro, así como para incluir el preciado artículo al respecto que Maximiliano García Soriano publicó en *Blanco y Negro* en 1933.

Se cumplen doscientos años del nacimiento de un eldense notable, el poeta Francisco Ganga Ager, conocido por todos con el sobrenombre de El Seráfico. El Ayuntamiento de Elda, a través de la Concejalía de Cultura, no ha querido pasar por alto este aniversario, sumándose a estas páginas especiales de *Valle de Elda* para poner en valor la figura de un personaje entrañable toda vez que extravagante del que existen más dudas que certezas respecto a su verdadera personalidad.

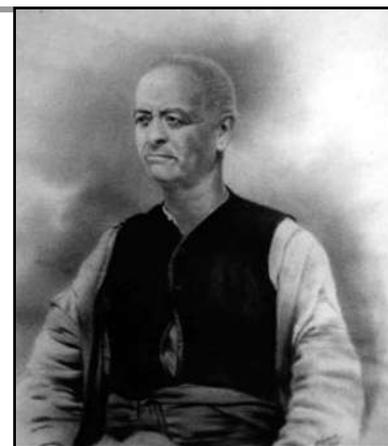
Si en algo coinciden sus biógrafos es en las muchas sombras que rodean la existencia de Ganga Ager, cuya peripecia vital fue, al parecer, mucho más intensa de lo que las fuentes orales nos han transmitido. Sirvan estas páginas para intentar conocer, en la medida de lo posible, la vida y obra de un personaje que, sin ninguna duda, es un elemento destacado de nuestro patrimonio cultural.

Desde aquí podemos adelantar que la Concejalía de Cultura prepara una atractiva actividad para próximas fechas dentro de los actos conmemorativos de este aniversario. Animamos a todos los eldenses a asistir a la misma y, por supuesto, a dar lectura a este dossier especial del semanario local *Valle de Elda*, convencidos de que les resultará sumamente interesante por la posibilidad de ahondar en una época de nuestra historia a través de una figura tan atractiva como la de El Seráfico.

José Francisco Mateos Gras
Concejal de Cultura y Patrimonio Histórico

Maximiliano García Soriano y El Seráfico

En conmemoración del bicentenario del nacimiento de El Seráfico, Valle de Elda recupera una valiosa colaboración literaria que Maximiliano García Soriano (1874-1936) escribió para la revista madrileña Blanco y Negro, inserta en el número 2.192, correspondiente al 18 de junio de 1933, páginas 187-189, acompañada de las fotografías de Vicente Berenguer. Hemos de decir que el artículo se puede consultar en la Hemeroteca virtual del diario ABC (www.abc.es/hemeroteca), casa matriz a la que agradecemos el permiso para la presente reproducción, así como a Juan Manuel Maestre Carbonell, siempre atento a los asuntos locales, que adquirió en una librería de viejo, a través de la red, las hojas portadoras de este trabajo y tuvo el honroso gesto de ponerlas a nuestra disposición.



Retrato de El Seráfico de Pedro Carpena Tolsada

A ELDA

*Elda, feliz y dichosa,
eternamente serás,
pues cada paso que das
te haces más laboriosa;
toda la prole reposa
sin la menor inquietud,
la senda de la virtud
no abandones, patria mía,
ya que por ella te guía,
la Virgen de la Salud.*



Nacido en Yecla (Murcia), el 21 de julio de 1874, Maximiliano José Daniel García Soriano fue alumno de los escolapios junto a José Martínez Ruiz, "Azorín", y el futuro general franquista Miguel Cabanellas. Por motivos amorosos y laborales, Maximiliano se trasladó a Elda en 1901 para seguir trabajando como mancebo en la oficina de farmacia de Luis Juan Amat, sita en la calle Colón. No obstante, había comenzado a escribir y publicar en su municipio natal (*El correo regional, Yecla moderna y La voz de Yecla*), donde editó la primera serie de *Yeclanerías* en 1900. En consecuencia, no fue extraño que, una vez instalado aquí,



continuara la vena creativa que le acompañaría toda su vida, ya que en Elda encontró un ambiente muy propicio a sus inquietudes. Así por ejemplo, formó parte del equipo que puso en marcha *El Vinalapó*, apareciendo, dentro del grupo de columnistas, en calidad de literato. Su primera colaboración conocida, en suelo eldense, fue en el número 1 del semanario, donde insertó un relato titulado "Novelerías", el 14 de diciembre de 1902. Durante un interregno se hizo cargo de la dirección del periódico, para posteriormente ocupar el puesto de redactor jefe. Empezó a colaborar también en *El Graduador*, de Alicante.

El interés de García Soriano por el poeta cofinero data como mínimo, de su llegada a Elda. En enero de 1903 publicaba en el periódico de Tato y Amat una "Carta de ultratumba. Al Sr. D. Domingo T. Vera", en respuesta a otra carta abierta con que éste último le había obsequiado, sobre una composición de El Seráfico aparecida en las paredes de la capilla del castillo. Entre bromas y veras, don Maxi aprovechaba para decirle a Domingo Tomás Vera Maestre, que por entonces estaba estudiando la familia Coloma y los primeros condes de Elda, que no sabía distinguir entre una décima y una octavilla. Este mismo recurso, que convertía a El Seráfico en una especie de *alter ego*, lo volvería a utilizar en *El Centenario*, en marzo de 1904, con otro "Despacho del otro mundo (cablegrama de ultratumba)" para glosar el poema "En este tiempo tan crudo".

En el "Diálogo callejero", que publicó en la misma revista que preparó el año del centenario, hizo hincapié en resaltar la calle que El Seráfico tenía ya rotulada en el barrio de La Prosperidad, junto con otros eldenses destacados:

*Después Juan Rico, el poeta
dijo que no se olvidara
a Juan Sempere Guarinos
que era honra de la patria;
y tampoco al gran "Seráfico"
(por nombre Francisco Ganga)
porque parece un desprecio
que se les hace en su casa*

Por esta época, el hombre del ojo de cristal estaba trabajando, en colaboración con el músico Francisco Santos Amat, en una ambiciosa revista musical para la inauguración del Teatro-Circo Castelar que llevaba por título *Salutica. Costumbres eldenses*, al parecer por encargo de la sociedad propietaria

FRANCISCO GANGA AGER, "EL SERÁFICO", POETA REPENTISTA Y COFINERO, ADORADOR DE BACO

**EL POETA
REPENTISTA
DE ELDA
QUE HACIA
COFINES
Y
ADORABA
A BACO**

ELDA, la ciudad fabril, que tiene por alfombrado suelo la exuberante vega de *La Jaud*, que el Vinalapó baña; la antiquísima "Idella", que en tres décadas ha sabido quintuplicarse con su industria, sosteniendo cada día con mayor pujanza ochenta fábricas de calzado manuales y mecánicas, tuvo dos excelentes poetas: D. Juan Rico Amat, de apergaminada estirpe, y Francisco Ganga Ager, denominado *El Seráfico*, de humilde, misérrima familia. Del primero diremos, de pasada, que estrenó valiosas obras dramáticas en el entonces teatro del Príncipe de la corte; autor de la conocida obra *Diccionario de los políticos* y también de la poesía *Arrepentimiento*, que se le atribuía a Espronceda.

El Seráfico nació el 22 de febrero del 1812, y feneció el día 30 de mayo del 1871. Era alto, erguido, casi corpulento; desaliñado en el vestir, de pobre indumentaria, siempre en mangas de camisa y calzando alpargatas. Mirada penetrante y una mueca de maliciosa socarronería. Poeta repentista, eterno bohemio, adorador ferviente de Baco. Chispeante, mordaz, satírico, de tendencias demoledoras...; pero que en los últimos días de su vida tuvo, como algunos otros, un acto de contrición.

Su oficio, cuando la necesidad le obligaba, era el de hacer cofines de esparto para las almazaras, los que confeccionaba con asombrosa ligereza.

Otras veces, las menos, trabajaba de peón de albañil, como lo hizo una temporada en la perforación del monte de la *Torreta* para



Maximiliano García Soriano

del inmueble. Sin embargo, es conocido que la primera obra que se representó en este escenario fue *El milagro de la Virgen*, de Ruperto Chapí, el 11 de septiembre de 1904.

Maximiliano y Francisco Santos continuaron trabajando en *Salutica* que finalizaron como zarzuela y de la que desconocemos si se llegó a estrenar. En cambio, otra que sí se estrenó, en 1907, fue *Rosalía*, en colaboración con el maestro Gorgé, donde Milagritos Gorgé incorporaba el papel principal. Ese año publicaba en Madrid la comedia en un acto y tres cuadros *La novicia*.

Firma habitual de los periódicos y revistas que se pusieron en marcha en Elda en el, aproximadamente, primer tercio del siglo XX, destacaremos por lo que hace al caso su colaboración en *La bandera radical* (1911) con un trabajo que titula "Dos poetas", en alusión a Rico y Amat y El Seráfico. Así como otra circunstancia que se dio en el semanal *Cultura* (1925), donde un redactor firmaba con el seudónimo "Serafiquito" que Alberto Navarro Pastor atribuye con toda probabilidad a Maximiliano García Soriano, y José Luis Bazán, en la biografía de este último, da por hecho.

Participó en la organización de los juegos florales de 1920 y 1930. Paralelamente, continuó con sus libros de *Yeclanerías*, que alcanzaron la sexta y última colección en 1926; ese mismo año

construir el túnel en la línea de M. Z. A., el que inspiró a Campoamor el cantar epigramático:

Con tanto placer cruzamos
el túnel de Elda los dos,
que al salir de él exclamamos:
"¿No habrá otro túnel, gran Dios?"

Enterado D. José de Salamanca, concesionario de aquellas obras, de las ingeniosidades de *El Seráfico*, le invitó para que le improvisase unos versos.

—Déme pie—dijole, que era su estribillo.
—"Para que coma y le sobre"—le repuso el dadivoso prócer.
Y repentizó así, a la vez que alargaba su mano mendicante:



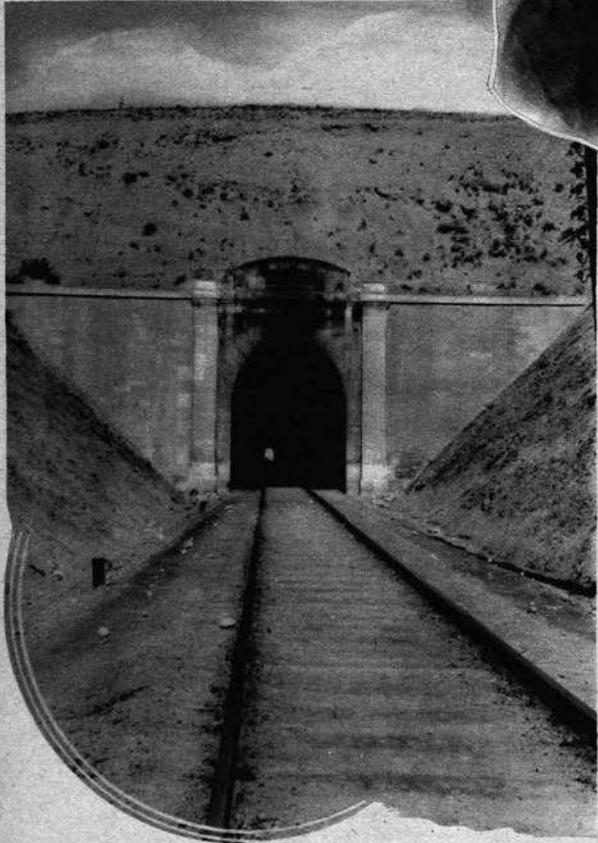
D. JUAN RICO AMAT, AUTOR DE "ARREPENTIMIENTO". POESÍA QUE SE ATRIBUÍA A ESPRONCEDA

El alma más noble y franca,
porque así al mundo conviene,
sin duda alguna la tiene
el señor de Salamanca.
Nunca da moneda blanca
cuando socorre al que es pobre:
tampoco la da de cobre,
que este benigno señor
da otra moneda mejor
para que coma y le sobre.

Y Salamanca puso en la
mano, complacido y sonriente,
una moneda de oro.
Una señora que regateaba
los jornales a sus obreros del
campo pidióle unos versos para
la Purísima Concepción, y
repuso:

Purísima Concepción,
por tu Hijo te suplico
que la señora de Rico
tenga mejor corazón.
Que se avenga a la razón
como ente racional,
pues la avaricia es un mal...,
y a mi parecer opino
que habiendo subido el vino
debe subir el jornal.

La mujer del sacristán del
inmediato pueblo de Petrel
arrojó agua sucia a la calle



EL TÚNEL DE ELDA, DONDE TRABAJÓ DE PEÓN "EL SERÁFICO" Y EL QUE INSPIRÓ A CAMPOAMOR EL CÉLEBRE CANTAR EPIGRAMÁTICO

se embarcaba en la aventura de *Idella*, el gran semanario eldense de preguerra, patrocinado por Manuel Maestre Gras, donde asumiría la dirección durante los 26 primeros números para continuar luego como redactor hasta la desaparición del periódico en 1930. En este tiempo utilizó los seudónimos de Graciano Soria, Pepito Tafalera y Magaso.

Obtuvo distintos galardones literarios en Novelda, Alicante y Yecla; se convirtió en una figura de referencia de la cultura

provincial, donde a un dilatado currículum en el parnaso, unió la bonhomía, el trato afable y social que le distinguió. Su presencia era reclamada en distintos eventos sociales, homenajes, veladas artísticas y banquetes de confraternidad entre periodistas, donde solía intervenir con la lectura de unas cuartillas, siempre muy aplaudidas. Entabló una gran amistad con el lingüista Justo García Soriano, de Orihuela, a quien llamaba jocosamente "mi hermanico".

LIBRERÍA MARTÍN FIERRO

C/ Antonino Vera, 25 ELDA (Alicante) Tel. 96 538 24 51 - Tel./Fax 965 39 84 26 03600 librosimagen@hotmail.com

Al comienzo de la Segunda República fue elegido concejal por el Partido Radical-Socialista, integrándose en la coalición alcanzada por su formación política y el Partido Socialista, en los primeros meses, siendo alcalde Emérito Maestre. Desde su puesto de edil asistió a los actos del centenario de Emilio Castelar en 1932 y se ocupó fundamentalmente de materias de educación (apertura de centros, cantina escolar y Consejo Escolar Municipal) y cultura (creación de una biblioteca municipal).

Unos desalmados acabaron con su vida y la de su esposa, Lolita Maestre Ibáñez, en septiembre de 1936 a las afueras de Biar.

En el artículo que recuperamos, García Soriano dio a conocer en un medio nacional el genio y figura de El Seráfico, con su torpe aliño indumentario que diría Machado. Lo describe físicamente "alto, erguido, casi corpulento"; su carácter bohemio, chispeante y mordaz; su forma de ganarse la vida en lo que saliera, como jornalero, peón o cofinero; su manera de interactuar con la audiencia (*Déme pie*, cuando lo decía él, o *¡Échame una Seráfico!*, si le interpellaba algún oyente), a lo que seguía invariablemente un poema (casi siempre en décimas o cuartetas), recomendado muchas veces con alguna moneda, con un vaso de vino o alguna vianda.

F. Luis

El Seráfico visto por su coetáneo Lamberto Amat y Sempere

No era santo, ni siquiera perteneció a orden religiosa alguna; tan agradable epíteto sin duda lo adoptó por llamarse Francisco, suscribiendo con él todas sus poesías y así le llamaban cuantos le conocían y trataban y no se entendía por otro, ignorando casi todos su verdadero nombre y apellidos.

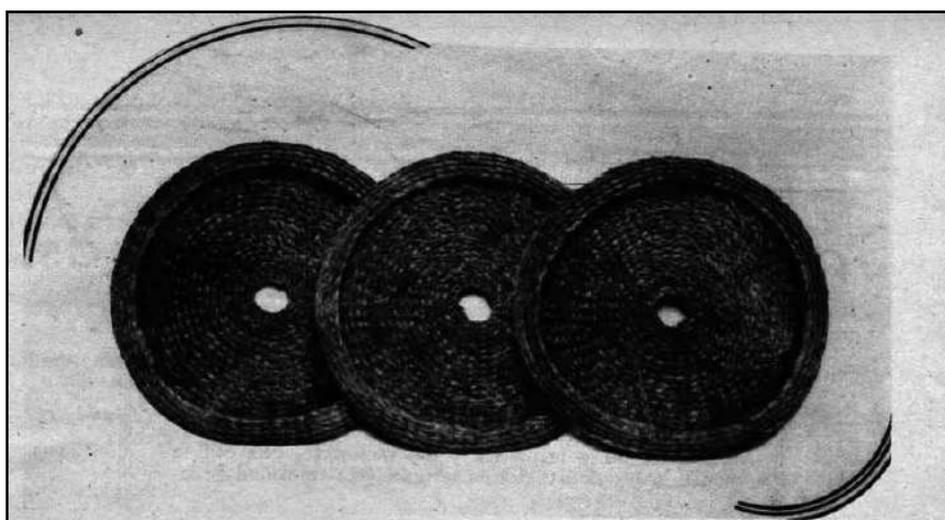
El Seráfico fue Francisco Ganga y Ager, natural de Elda, en cuya parroquia de Santa Ana fue bautizado, el 23 de febrero de 1812, habiendo nacido el día último anterior. Sus padres eran Pedro y Teresa, de la misma naturaleza y vecindad, de oficio cofineros de esparto, ruedos que se empleaban como ahora, en las prensas de exprimir vino y aceite, cuyo oficio aprendió el hijo.

Se ignora el por qué éste pasó a La Habana, que debió ser por los años 1828 al 30, donde sin duda tomó plaza de voluntario en el Ejército y sirvió hasta 1840, regresando a su pueblo en el 41.

Creemos que en el servicio aprendería a leer y escribir, y siendo como fue de claro talento, parece extraño no ascendiera en la milicia, ni siquiera pasara de simple soldado, lo que, a nuestro juicio, se explica por su afición a la lectura, pues aunque no cursó carrera alguna literaria, debió leer mucha historia y mucha poesía, por la instrucción que manifestaba en su conversación y en sus versos, lo cual tuvimos ocasión de observar en el largo tiempo que residió aquí.

El Seráfico fue honrado y tuvo un buen corazón; era trabajador y con su oficio se ganaba el sustento pero en tener lo bastante para unos cuantos días, ya no se ocupaba de él y vagaba hasta que se le concluía, aquejándole solamente el ser devotísimo de Baco, afición que, a no dudarle, impidió el que fuese en gran manera útil a la sociedad y a sí mismo; sin embargo, nunca se le vio cometer una mala acción, ni estafar en lo más mínimo, ni siquiera pedir prestado.

Sus fuerzas físicas eran tan grandes que en el trabajo de su oficio, sin violentarse y sin molestia, producía triplicada obra de la que un hombre acostumbra diariamente; y su inteligencia también era extraordinaria en el arte poético, puesto que sin cesar, hablando o escribiendo parecía que estaba departiendo con la musa Caliope, quien sin duda le prestó tan grande inspiración, que es creencia general, que cuantos versos pronunció El Seráfico fueron improvisados; y como la música es hermana de la poesía, de la misma manera, aunque de un modo natural y primitivo, la disfrutaba El Seráfico, pues sin poseer la nota, ni nin-



LOS TRES ÚLTIMOS COFINES DE ESPARTO QUE HIZO "EL SERÁFICO"

en el crítico momento de pasar el poeta, que al ver manchadas sus alpargatas rugió:

¡Cólera bárbaro y cruel,
si te falta alguna cosa,
ven y llévate a la esposa
del sacristán de Petrel!

Fue enemigo acérrimo de la coyunda matrimonial; tanto, que murió en estado cónyuge, y se cuenta que tuvo una novia, robusta y hermosota—nueva Aldonza Lorenzo—, la que se sulfuraba al denominarla con el sobrenombre de *La Pascualona*. Regañó con ella en plena Pascua, y enfiándose con un amplio chaquetón de blanca lona, puso en sus espaldas un cartelón con letras mayúsculas que rezaba:

"A LA PASCUA LONA"

Celebrándose por todo el pueblo la nueva ocurrencia del vate, que sacó de quicio a la dama, que puso el grito en el cielo y ante el alcalde.

Un joven pretencioso y pedantillo, de esos que hay en todos los pueblos, pidióle que le "echara una".

—Déme pie—exclamó.
Y el otro, sin más ni más, le alargó el pie, y agarrándolo *El Seráfico*, dijo:

Parece un hombre y no hay tal;
que esta infeliz criatura
es un solemne animal
que le falta una herradura.

Hemos podido apreciar en la obra de este poeta su predilección por las décimas, pues la mayoría de sus composiciones están en esta métrica.

Entre sus espinelas, la que más se ha popularizado es la que empieza:

En este tiempo tan crudo,
en que el sol calor no presta,
el Seráfico se acuesta
en un misero peludo...

Estos dos versos primeros, al llegar el invierno, se repiten constantemente como frase habitual por los habitantes de Elda.

Las poesías del improvisador se han ido transmitiendo de una a otra generación, de padres a hijos, lo mismo en Elda que en los pueblos comarcanos, pero transformándose por error de copia y perdiendo toda su belleza. Para subsanar estas deficiencias, el abogado de Novelda D. Emilio Vicedo coleccionó en un tomito de cien páginas las más conocidas. Las de mayor realce y mérito son el *Azemaría*, el *Padrenuestro*, una glosa a la Virgen de la Salud, Patrona de Elda, y la dedicada a doña Isabel II en la muerte de su hijo.

Enfermo, indigente, maltrecho, se le acogió en el Hospital de Caridad, antes convento de franciscanos y en la actualidad Manicomio provincial, y persuadido de que se apagaba la luz de su existencia, pidió un confesor y el Santo Viático, y arrodillándose trabajosamente en el lecho, exclamó:

Mil gracias os doy, Señor,
porque, dejando el altar,
me venis a visitar
en el lecho del dolor.

De haber sido pecador
mucho en el alma lo siento,
y ya que en este momento
me separo del pecado,
creo estar purificado
por el arrepentimiento.

Y sus últimas entrecortadas frases fueron:

El Seráfico se muere:
cavadle la sepultura
y llamad al señor cura
que le cante el *Miserere*.

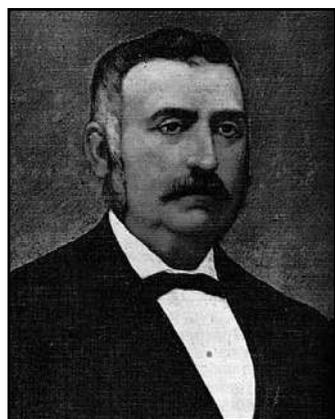
Max. G. Soriano.

(FOTOS DE V. BERENGUER)

guna clase de instrumento, repetía silbando con la mayor exactitud cuantas piezas de ópera oía y jamás se le olvidaban. Recién venido de Cuba nos refería que casi diariamente iba de guardia al teatro de La Habana, pues cuando no le tocaba este servicio, lo prestaba por otros soldados que les correspondía, por su mucho amor a Euterpe.

A este hombre de tan singulares dotes debemos suponerle otra mayor: la de una prodigiosa memoria; dijimos al principio, que sin duda había leído mucho y esto debió ser en su juventud, que pasó en La Habana, pues aquí nadie le ha visto un libro en la mano, ni siquiera un simple papel y, sin embargo, en la multitud de poesías de todas clases que se le oían, las citas ora religiosas, ora profanas, ya históricas, ya humorísticas o de cualquier género, eran exactas y todavía se demostraba más esa gran memoria en cuantos versos hacía, al cabo de los años los recitaba a la letra.

En: Rico García, M., y Montero Pérez, A., *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*. - Alicante, [s.n.], 1888-1889. - Tomo I, p. 346-350.



Lamberto Amat

El vate eldense en Madrid

Muchas de las personas que conocemos la vida y obra de Francisco Ganga siempre hemos comentado, que merecidamente es el poeta más famoso de su tiempo, y que en la actualidad le seguimos valorando por la sencillez e intensidad humana que fue demostrando con sus poesías.

Hemos pensado en más de una ocasión el cambio que pudo dar cuando se trasladó a Madrid. Nos estamos refiriendo a la vida cotidiana que practicaba en Elda, y la que pudo vivir en otro ambiente muy distinto. Según algunos estuvo alternando con la clase social madrileña más elevada, algo que no entendemos, ya que su situación económica no le permitiría desenvolverse en ese ámbito.

Lo que sí conocemos es cómo se originó este viaje a Madrid. Don Lamberto Amat nos transmite este momento gracias a lo que le había contado un comerciante de Elda llamado Gaspar Santo, entre otras cosas, el lugar y lo más destacado.

Fue en la posada de la villa eldense donde nuestro vate pudo demostrar a dos señores que llegaron para hospedarse, cómo era su poesía y su forma de declamarla. Dichos señores le pidieron que se fuera con ellos a Madrid, pero él se negó. Al cabo de un rato uno de los personajes le dio una tarjeta con su nombre y

dirección, y le comentó que si alguna vez iba a la capital le darían todo aquello que fuera necesario.

Pudo ocurrir que en un par de semanas Francisco Ganga se desplazara a Madrid. Y según don Lamberto, El Seráfico estuvo solamente unos meses, desde septiembre de 1854 a abril del año siguiente.

En alguna publicación hemos leído que el Seráfico pudo estar en contacto con D. Emilio Castelar y Juan Rico y Amat, los cuales le ayudaron a cubrir aquellas necesidades que fueron apareciendo en el poco tiempo que estuvo en la capital del país. Estamos convencidos que estos personajes eldenses estaban muy comprometidos

con sus tareas, y ninguno de los dos ha dejado por escrito esta posible relación.

Otra circunstancia que no se puede demostrar es la publicación de unos versos de Ganga en un periódico madrileño llamado *El látigo*, que no han aparecido en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Madrid, según nuestro inolvidable Alberto Navarro.

Hay que decir que Francisco Ganga Ager es para los eldenses un personaje muy carismático, una de las figuras más emblemáticas de nuestra historia, por tanto es muy loable que se pueda recordar que nació hace doscientos años, y que continuará estando en la mente de nuestros descendientes.

José Luis Bazán López

librería

artesanía religiosa

Con la literatura eldense

Plaza Mayor, 13 Elda · Tel.: 965 38 15 14
www.libreriaictis.es

LA TENDETTA
enoteca

♆

Gran Avenida, esquina Manuel Maestre Elda (Alicante) - Tel: 966 96 57 39
tendetta@latendetta.com

El Seráfico en versión de Emilio Vicedo

En la ilustre villa de Elda, tan fecunda en hombres célebres, vio la luz primera D. Francisco Juan Ganga Ager, más conocido por el apodo de El Seráfico. Poeta de altos vuelos, de brillante imaginación, de vena inagotable, de versificación asombrosa, tan solo uno conozco que pudiera aventajarle en el pasado siglo; era Espronceda. Mas por aquellos pueblos en donde pasó la vida nuestro biografiado, ninguno tan renombrado como él. Cultivó la poesía popular; sus dichos, sus composiciones pasan de boca en boca, van de generación en generación, y como los antiguos rapsodas griegos, muchos se complacen de repetirlos a sus conciudadanos y algunos, los menos, conservan como un tesoro algún verso que sus antecesores oyeron del pobre poeta. No escribió nunca sus composiciones y por esta desgracia, un hombre que se pasó la vida, relativamente larga, haciendo versos, algunos de los cuales los hubiera firmado el más célebre poeta del mundo, de un hombre de cuya boca no salían más que hilos de perlas y ramos de flores, hoy es muy difícil encontrar alguna composición suya, y generalmente la que se halla está incompleta. Este abandono, en el poeta excusable, pero sin perdón para sus contemporáneos, hace que vayan siendo más raras sus poesías, porque como van desapareciendo los hombres de su generación, van desapareciendo los versos de El Seráfico, conservados sólo por la frágil memoria de algunos que los oyeron de sus labios.

¡Grandísima gloria la de este pobre hombre! Sin más bagaje que su soberana inspiración, sin más instrucción que la adquirida en algunos libros que no se cansaba nunca de leer, especialmente las obras del inmortal D. Francisco de Quevedo. Fue poeta en todos los actos de su vida; poeta personalísimo y con tinte subjetivo, que de haber él mismo recopilado sus composiciones hoy sería uno de los primeros poetas del parnaso español. Pero no fue así, y El Seráfico pasó como una de las estrellas fugaces del cielo de la gloria, dejando sólo en pos de sí versos y composiciones sueltas, poquitas por cierto, que solo sirven para indicarnos la inmensa valía de aquel poeta y para entristecernos al considerar que tanta belleza, tanta inspiración, se haya perdido casi por completo.

Y digo casi, porque he tenido la suerte de recopilar algunas que tengo el gusto de presentar a los lectores, y por ellas se deduce la importancia del poeta y de su influencia en el *medio ambiente*, como ahora se dice, donde se desarrollaba su actividad y su vida.

En cuanto a la persona del poeta, por lo que se ve de su retrato y por los datos que algunas personas que le conocieron y trataron nos han suministrado, nos lo pintan alto, algo corpulento, desaliñado en el vestir, de frente ancha y despejada, y muy aficionado a Baco.

Su oficio era dedicarse a hacer cofines para las almazaras, pero mejor pudiéramos afirmar que no tenía oficio ni beneficio, como vulgarmente se dice, y vivía errando de un lado para otro, haciendo una vida de verdadero bohemio y viviendo del agradecimiento de las personas que le conocían y apreciaban su importancia y mérito.

Hubiera sido un hombre rico y poderoso de haber tenido otro carácter y otro genio; cuantas personas le conocieron le estimaron y apreciaban. El obispo Cubero, de grata memoria, el marqués de Lacy, el notable escritor Juan Rico y todos en fin trataron de que enmendase su vida bohemia y no lo consiguieron, yendo a parar al Hospital de Elda a los 59 años de edad, donde falleció.

En: *Poesías de El Seráfico* [introducción de Emilio Vicedo]. - Novelda, Hijos de A. Cantó, imp., 1902. - p. 3-7.

El Seráfico y la orden franciscana

La vinculación documentada de la familia de Francisco Ganga Ager con la *seráfica* orden de San Francisco de Asís, en el convento de observante menores "Nuestra Señora de los Ángeles", extramuros del municipio, data al menos de unos quince años antes del nacimiento del poeta.

El primer antecedente es el fraile Antonio Ganga quien, en 1797, protagonizó un sonoro escándalo en la procesión eucarística del domingo siguiente al *Corpus Christi*. Este Ganga desempeñaba la sindicatura apostólica en la comunidad franciscana de Elda y se negó con bastante dureza, al principio, a ceder el guión procesional al síndico procurador de la villa, Luis Amorós, que debía portarlo por acuerdo entre el alcalde y el padre guardián.

En 1801 se armó otro gran revuelo en la villa con ocasión de otro Antonio Ganga (o, tal vez, el mismo secularizado), tío de nuestro poeta, casado con Juana Vicente. El matrimonio había costado la decoración de la capilla del beato Nicolás Factor que se veneraba en la iglesia del convento franciscano. Pero cometió el vanidoso error de colocar un escudo de armas, dejando patente la procedencia de la acción de mecenazgo.

El Concejo, Justicia y Regimiento reunido en cabildo el 18 de mayo de 1801, con la rarísima asistencia del gober-

nador de Orihuela, Juan de la Carte, abordó, entre otros puntos, la colocación de dicho emblema por persona llana y pechera. Un acto intolerable en la sociedad estamental del Antiguo Régimen, en un lugar acogido a sagrado bajo jurisdicción eclesiástica y donde tenía, además, su panteón la familia Coloma, condes de Elda. Los capitulares acordaron dar cuenta al fiscal de la Real Audiencia y enviar al convento al escribano público para que inspeccionase la capilla del beato Nicolás y levantara testimonio de todo lo referente al blasón "*demarcando, o señalando si le fuese posible sus quadros señaleros*", así como orla y rótulo que denotase nombre o familia.

Esa misma jornada, el secretario municipal, Joseph Amat y Rico, se dirigió al convento y después de informar al guardián, Luis Mata, de la misión que llevaba encomendada pasó al lugar y allí advirtió la presencia de un letrero que decía "Patronos del Altar y Capilla Antonio Ganga, y Juana Vicente". En la parte superior había un capitel a modo de cornisa y en el centro de éste un óvalo en el que se hallaba inscrito un escudo heráldico que describe así:

"*El campo azul y en medio una faja encarnada que lo atraviesa, y encima de dicha faja tres señales blancas como estrellas, separados el uno del otro; y*



Manicomio Provincial de Alicante que ocupaba el antiguo convento de observantes de Elda.



Cruz en forma de tau, símbolo de los franciscanos.

una raya como roja de arriba, a bajo al tercio de dicho escudo, que divide los quadros; y al de la mano derecha, bajo de la faja encarnada del mismo escudo aparece como una torre o montaña; y la orla del ovalo como de color rojo; y encima de dicho escudo un morrion adornado con plumages"

A la vista del acta, el síndico personero del común, Juan García, presentó un memorial contra Antonio Ganga por haberse titulado



Grabado del beato Nicolás Factor (1520-1583).

Fernando Matallana Hervás

“patrono” del altar del místico valenciano y por haber colocado clandestinamente el escudo de armas alusivo a su inexistente pasado de nobleza e hidalguía. Por último, proponía que el Ayuntamiento borrara o quitara el controvertido emblema, se informara a la Audiencia territorial y se le impusiera la multa correspondiente a Antonio Ganga por su atrevimiento.

Por eso, no es de extrañar que cuando El Seráfico viese procesionar la talla de Nicolás Factor, dijera que aquella imagen era suya, que se la había dejado su tío en herencia.

*Beato que resplandeces,
en el cielo según creo,
ya ves que no te poseo
y sabes me perteneces;
di a todos una y mil veces,
(con todo tu poderío)
que te costó mi tío,
y que disuelto el convento,
decía en su testamento,
que pasarás a ser mío.*

.....
*Sigue tu ruta beato,
no te pares un momento
que no tendrá ya el convento
otro santo más barato*

Finalmente, el poeta pasaría los últimos seis meses de su vida en el Hospital Provincial, instalado en el viejo convento franciscano, donde murió el 30 de mayo de 1871.

El Seráfico por Alberto Navarro

Uno de los personajes locales que más fascinación ejerció sobre Alberto Navarro es el eldense Francisco Ganga Ager, quizá por encontrarse en el extremo opuesto de su forma de entender la vida y el arte; El Seráfico fue un hombre bohemio y despreocupado totalmente por el destino de sus poemas pues no escribió ninguno ni se encargó de que alguien lo hiciera. Alberto Navarro, consciente de la importancia de fijar por escrito sus textos para dejar testimonio de los mismos, hizo por El Seráfico lo que consideraba una tarea pendiente y le dedicó un libro que recogía su biografía y sus versos, titulado *Vida y versos del Seráfico*, publicado por el Ayuntamiento en 1981, que precisó de una segunda edición en 1996. El último texto que Alberto Navarro le dedica al vate local es el que aparece en su gran obra *Eldenses Notables* del año 2000.

Navarro considera al poeta improvisador de versos como “una de las figuras más sugestivas e interesantes de las que ha tenido Elda en todos los tiempos” y lamenta que desaprovechara su gran talento, considerando que, como a él, a la gente de su tiempo les despertaba “conmiseración, probablemente, al ver a una persona de su inteligencia y capacidad malgastando una y otra dando tumbos por los ásperos caminos que no le llevaban a ninguna parte”.

De sus años en Cuba, Alberto Navarro cita los datos aportados por Lamberto Amat: sobre los 16 o 18 años Francisco Ganga se marcha al Ejército como voluntario y es destinado a Cuba. Allí adquirirá conocimientos culturales y leerá mucho “desmintiendo el sambenito de que no sabía leer ni escribir”. Incluso asistirá a obras de zarzuela y ópera, muchas de las cuales aprenderá de memoria.

A su regreso a Elda, con 29 años, Francisco Ganga se mostrará “como una persona inestable, excesivamente aficionada al vino -aun cuando quienes lo conocieron aseguran que nunca se le vio borracho-, rodeándose de gentes modestas e incultas y dedicándose a labores duras y rústicas que abandonaba en cuanto conseguía las monedas necesarias para su rudimentaria subsistencia”. También obtenía propinas o incluso ropas viejas al asistir a duelos donde improvisaba unos versos sobre el difunto.

Una buena parte de la popularidad le viene a El Seráfico por los exabruptos o “versos verdes” y procaces que lanzaba a las mujeres con un tono desvergonzado, sobre todo cuando éstas le provocaban para escucharle.

Después de una vida marcada por la pobreza, murió en el Hospital de Elda y fue enterrado en el antiguo cementerio donde hoy se encuentra el Parque de la Concordia. En el acta del Registro Civil del juzgado de Elda del 1 de junio de 1871, el director del Hospital da fe que el poeta falleció a los “65 años de edad, natural, vecino de esta villa que fue, soltero, pobre de solemnidad a consecuencia de una ataque de apoplejía”. Alberto Navarro señala que existe un error en el acta pues realmente en ese año contaba 59 años, aunque su aspecto fuera más envejecido.

Casi un siglo después, en 1952 el Ayuntamiento decidió que se colocaran a los lados de la puerta principal del entonces nuevo cementerio de 1902 dos lápidas de mármol con los versos que Ganga creó para la entrada del camposanto donde fue sepultado, muy del estilo de las coplas manriqueñas.

No deja de sorprender que la obra de El Seráfico haya burlado al olvido en la memoria de muchos eldenses, un hombre que nació hace 200 años y a quien no le preocupó lo más mínimo que sus versos le sobrevivieran. El trabajo de Alberto Navarro tiene mucho que ver con ello.

Susana Esteve



Vida y muerte en la poesía de El Seráfico: vigencia de un poeta

Commemoramos los doscientos años del nacimiento de nuestro poeta más popular, y a su vez más singular, por lo que ha trascendido con vigor el transcurso del tiempo, de las modas literarias y de todas las crisis, políticas y económicas.

Nace Francisco Juan Ganga Ager, eldense de pura cepa, el 22 de febrero de 1812, nadie de su entorno podría haber imaginado la convulsa vida que le tocaría sufrir a este hijo de Elda, quien tuvo que hacer frente a una de las etapas más agitadas y dramáticas del siglo XIX. España se debate entre el absolutismo más radical y el liberalismo que propulsaría las ideas de libertad y progreso amparados en el más rancio constitucionalismo.

Desde el punto de vista de la economía se iniciaba un periodo de auge en el proceso de industrialización, arrancaba con la estratégica visión de inicio de la construcción de las primeras líneas férreas de este país, siendo Madrid el punto de partida y de llegada de todas las comunicaciones. Una de las personalidades más destacadas e influyentes del momento en la vida política y económica de la corte fue José de Salamanca y Mayol (1811-1883); durante la instauración de la monarquía liberal de Isabel II sería uno de los impulsores de los negocios del ferrocarril en España. Recordaremos que el marqués de Salamanca fue nombrado alcalde de Monóvar en 1883 siendo la construcción de la estación de ferrocarril uno de sus logros durante su periodo en la alcaldía. Nuestro vate El Seráfico, entre otros trabajos que desempeñó, fue uno de los obreros que participaron en las obras del ferrocarril Almansa-Alicante, asimismo y debido a su carisma de espontáneo poeta y recitador tuvo la oportunidad de hacerse con la amistad del alcalde y marqués.

Alberto Navarro, recogiendo la descripción hecha por sus contemporáneos, describe al poeta como un hombre “alto, algo corpulento, desaliñado en el vestir, de frente ancha y despejada, muy aficionado a Baco” (1). A lo largo de este trabajo analizamos los dos poemas que aparecen a ambos lados de la fachada del antiguo cementerio municipal de Elda, allí están desde el año 1952 por decisión del concejal Maximiliano Aguado Bernabé. Son dos de las más conocidas y divulgadas décimas de nuestro poeta eldense, es probable también que, a

pesar de visitar con frecuencia este cementerio para encontrarse con sus familiares y amigos más queridos, quizá no hayan reparado del todo en la lectura y comprensión de dichos poemas. Es probable que por su temor o miedo a la muerte, trasunto que todavía está sin resolver por los grandes pensadores y filósofos que han estudiado esta etapa final de todos los mortales.

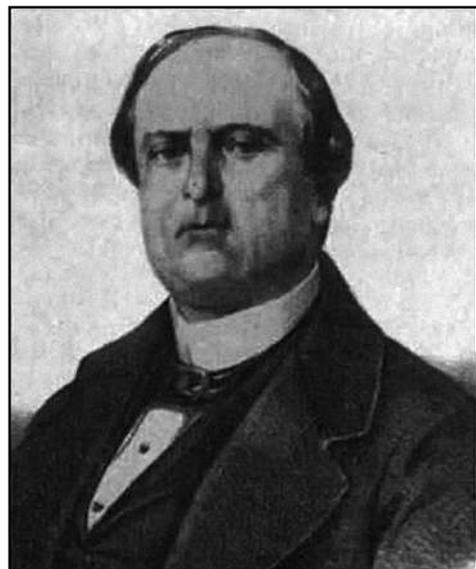
Tratamos de descubrir la evidente actualidad de las reflexiones poéticas que sí hizo El Seráfico sobre el hecho de la muerte, no sin antes hacer constar la visión que de él tenía el maestro monovero José Martínez Ruiz, Azorín, “*El Seráfico poeta humilde; no nativo de Monóvar, sino de Elda; pero en Monóvar se conserva fresca su memoria y se recitan fragmentos de sus poesías; poeta del pueblo; sin estudios, espontáneo, franciscano; su nombre lo dice, El Seráfico*” (2). Desde aquí me gustaría reivindicar que la poesía de Francisco Juan Ganga sea divulgada con mayor profusión entre los más jóvenes eldenses, que como nos dice Azorín, se recite y se declamen sus décimas y cuartetas en los colegios y escuelas de la ciudad y su comarca.

A continuación exponemos los dos poemas que se encuentran a ambos lados de la puerta del cementerio municipal de Elda, y a partir de este bicentenario seguro que nos acordaremos de este insigne vate cada vez que vayamos a visitar a nuestros familiares que ya han “dejado este mundo ruín”.

*Vendréis hasta aquí, mortales
dejando ese mundo ruín;
aquí encontrareis el fin
de los bienes y los males
desde los más principales
al pobre que con la azada
se gana un pan de cebada,
desde el más sabio al más tonto
aquí llegaréis muy pronto
reducidos a la nada.*

Y la segunda, “Igualdad ante la muerte”.

*Mueren todos los prelados,
jueces y Gobernadores,
grandes, medianos, menores,
doctores y cirujanos
abrid los ojos, mundanos
no pecar que eso es locura
y hagamos la compostura*



José de Salamanca y Mayol, marqués de Salamanca.

*que hemos de morir
y nos tiene que cubrir
una triste sepultura.*

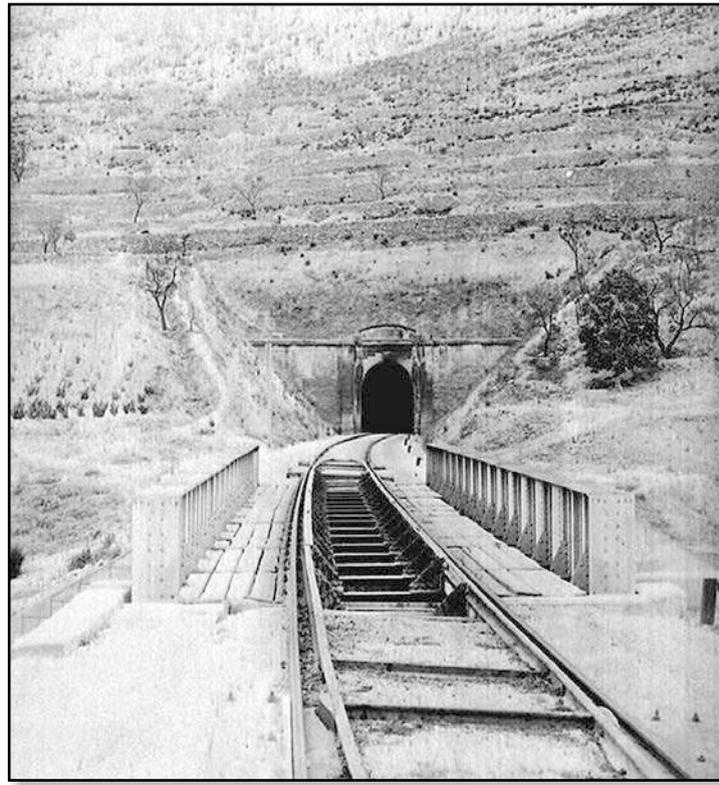
Son dos de las poesías con mayor sentido y significado humano y social, es todo un compendio filosófico sobre la vida y la muerte del hombre, una reflexión en silencio alejada del ruido de las máquinas del complejo engranaje económico en el que nos desenvolvemos cada día.

Subrayamos que son también poemas muy populares y que, suponemos, fueron creados en su día de forma espontánea e improvisada, pero con un contenido de sabiduría absoluta marcadas por la impronta de la insolidaridad de aquel tiempo, previo a la industrialización de las regiones de España. Otra de las características que muestran estos versos es la manifiesta estratificación social, muy acusada entre las gentes y que se daba en un periodo de evidente atraso económico y social. Una vez realizada esta breve exposición sociológica de aquellos años, nos será útil para constatar que a pesar de la evolución de la sociedad del bienestar, todavía no se han superado los prejuicios que existen en nuestra sociedad actual. Podemos comprobar lo que viene ocurriendo desde el inicio de la crisis y recesión económica-financiera que estamos sufriendo desde hace cuatro años, cómo hemos sido manipulados y estafados por los personajes más codiciosos y avariciosos del planeta; ahora debemos “abrir los ojos, mundanos”, no podemos tolerar que esto vuelva a suceder. Para qué ha servido la tan excesiva y abusadora voracidad financiera con la que se han dilapidado los recursos de toda una sociedad, provocando situaciones cada vez más frecuentes de

injusticia social, retroceso de la calidad de vida adquirida con el esfuerzo y trabajo de tantos millones de personas.

La obsesión de El Seráfico no era otra que advertir del innecesario acaparamiento de bienes terrenales, el no poder disfrutar de la vida de una manera más racional e idílica, pero es evidente que tal y como está organizada esta vida efímera, es poco menos que utópico. Al menos tengamos la lucidez para reflexionar sobre las verdades de El Seráfico, de tal modo que, a través de su lectura nos ayude a combatir las sensaciones de estar viviendo bajo la economía del miedo y la incertidumbre.

A la vez que celebramos el segundo centenario de nuestro vate, simultáneamente festejamos también los doscientos años del gran novelista Charles Dickens, fallecido en 1870, pero como le sucede a El Se-



Túnel y puente de Elda. Archivo fotográfico MZA.

ráfico sigue estando aquí y de este modo, "hoy se cumplen 200 años de su nacimiento y nuestro

mundo, por desgracia, se parece en demasiadas cosas al suyo."(3). Pensamos que hoy nuestro

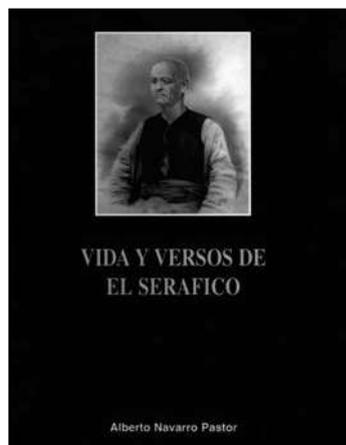
poeta tendría una interminable fuente de inspiración para componer cuartetas y décimas que alimentarían su capacidad para improvisar de manera incisiva todo el trasunto económico que nos llevamos entre manos los mortales, desde el paro hasta la corrupción. Por tanto hagamos caso a Francisco Juan Ganga, pensando "Que nos hemos de morir/ y nos tiene que cubrir/ una triste sepultura".

Vicente Vera Esteve

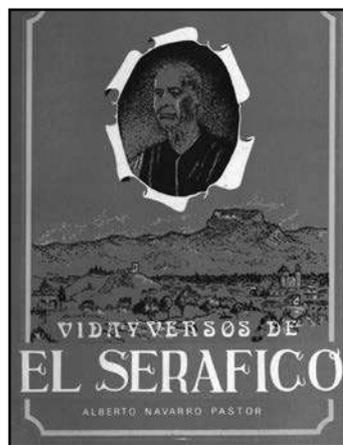
- (1) Navarro Pastor, Alberto. *Vida y versos de El Seráfico*, Excmo. Ayuntamiento de Elda, 1982.
- (2) Martínez Ruiz, José, "Azorín". *Superrealismo*, Edición Casino de Monóvar, 1998
- (3) Prado, Benjamín, "Dickens sigue diciendo la verdad". *El País* 7/02/2012, pág. 29.



Poesías de El Seráfico / [edición preparada por Emilio Vicedo]. – Novelda, Hijos de A. Cantó, imp., 1902. – 89 p.



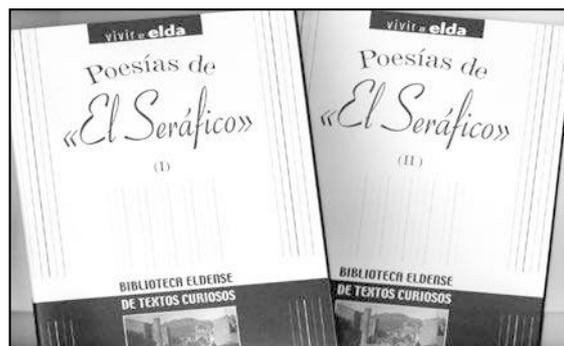
NAVARRO PASTOR, Alberto. *Vida y verso de El Seráfico*. Con un prólogo de Juan A. Ríos Carratalá. – 2ª ed. - Elda : Ayuntamiento, 1996. – 165 p.



NAVARRO PASTOR, Alberto. *Vida y verso de El Seráfico*. – Elda : Ayuntamiento, 1982. – 143 p.



Poesías de El Seráfico. – [Ed. facs. de la de Novelda, 1902] – Montevideo (Uruguay), Librería Sol, [s.a.], 89 p.



Poesías de El Seráfico. – [Ed. facs. de la de Novelda, 1902] – Elda : Emidesa, 2004. – 2 v. (89 p.)

EN UNOS DÍAS DE INVIERNO

*En este tiempo tan crudo,
cuando el sol calor no presta,
El Seráfico se acuesta
en un mísero peludo.
Días ha que no me mudo,
sin faltar a la verdad,
¡Oh Dios de la gran bondad!
¿Por qué tan pobre me tienes?
¿Será porque me conviene?
Cúmplase tu voluntad.*

El Seráfico: la poesía sin artificios

Resulta curioso ver cómo algunas personas son capaces de captar lo que ocurre a su alrededor, cosas que para otros pasan desapercibidas, y esta característica se vuelve virtud, cuando se pasa de la simple observación a contarlas a los demás, así sus crónicas aunque no sean intencionadas, se convierten en verdaderos testigos de su tiempo. Entre estos observadores, a la vez que creadores, podemos encontrar auténticos genios que traspasan las barreras temporales y geográficas, acrecentándose con el paso del tiempo el valor de su obra.

En el año 2012 se conmemora el segundo centenario del nacimiento de dos de estas personas, uno de ellos de trascendencia internacional, nace el 7 de febrero y lleva por nombre Charles Dickens. Su obra, leída, apreciada y estudiada durante años por los más prestigiosos especialistas en literatura, nos muestra un fresco inapreciable de la sociedad inglesa decimonónica. El otro autor, más cercano para nosotros y entrañable en cuanto a su producción versificada, nace en Elda quince días más tarde que Dickens, el 22 de febrero y de él nos ocuparemos en este trabajo. Su nombre Francisco Juan Ganga Ager, conocido popularmente por el apodo de El Seráfico, fue un personaje peculiar para la sociedad de aquellos días. Transgresor de las normas sociales impuestas por su forma de vida, viajero de largo recorrido casi por obligación, pues anduvo por Cuba y Madrid, andariego de la comarca del

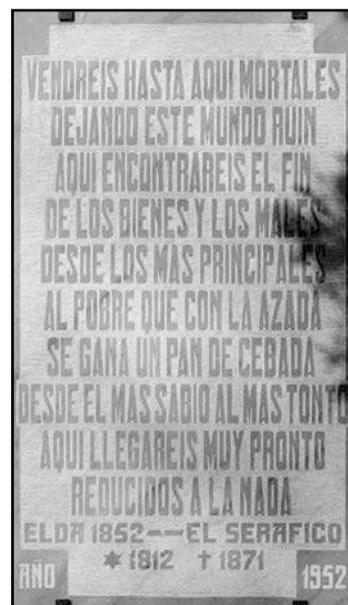
Vinalopó tras su vuelta definitiva al Valle. Amante de la vida sencilla y sin complicaciones, no se sintió atraído por el ambiente cortesano en el que quisieron introducirle el marqués de Salamanca o el eldense Juan Rico y Amat. Sus días transcurrían en busca de trabajo como jornalero, cuando no tenía encargos para hacer cofines de esparto; todo era válido con el fin de obtener unas monedas con las que cubrir sus escasas necesidades y su insaciable sed de vino.

Pero si el día a día de El Seráfico aporta poco a su biografía, no ocurre lo mismo cuando hablamos de la capacidad de versificar improvisando sobre cualquier tema que se presentase y de la que hacía gala constantemente. Su formación autodidacta, unida a una portentosa dote de observación y agilidad mental, hacía que surgiese la poesía de sus labios, directa y clara para aquellos a quienes estaba destinada, según la condición o alcurnia de este. Réplica docta e ilustrada; comentarios jocosos, a veces soeces; plegarias de profunda espiritualidad, libre de artificios literarios. La grandeza de su obra debemos medirla, no por las ediciones que de ella se han publicado, pues nunca escribió ni una cuarteta, sino por el calado que tuvo entre sus coetáneos, quienes recogieron su palabra y la transmitieron de pueblo en pueblo, cimentando con ello la fama que le ha mantenido vivo en el imaginario popular. A través de sus versos podemos reconstruir formas de vida y usos de antaño, recuperar personajes anónimos hasta que él les da protagonismo introduciéndolos en alguna de sus composiciones. De esta forma podemos recordar la famosa anécdota protagonizada por la mujer del sacristán de Petrel o detalles sobre la propiedad en conflicto de la imagen del beato Nicolás Factor, albergada en el convento franciscano de

Nuestra Señora de los Ángeles. Su profunda espiritualidad enfrentada a una concepción religiosa totalmente crítica, nos deja composiciones tan sencillas como emotivas y para hacernos idea de ello sirvan como ejemplo los versos que pronunció a modo de epitafio en sus últimos momentos de vida, guardados como un tesoro patrimonial y guardianes de la entrada del cementerio Cristo del Buen Suceso, el antiguo cementerio de Elda, situado en la calle Santa Bárbara.

Personaje del pueblo y popular en su acepción más llana, El Seráfico forma parte del panteón de eldenses ilustres que han predicado con innegable gracia las ocurrencias y situaciones más dispares y que tiene también su ejemplo en otro autor de características similares, aunque este ya fue testigo del siglo XX, nos referimos a José Jover González “de la Horteta” quien esta vez en prosa y por escrito nos dejaría una peculiar historia de Elda y sus gentes.

Francisco Ganga en cuanto a personaje y poeta hoy representa la unión de dos formas de ver el mundo. Por un aparte la antigua y profunda del vate bohemio y andariego, maestro



Lápida a la entrada del cementerio.

de los trovos, de mente ágil e inquieta. Por la otra es de una actualidad fuera de dudas, casi diríamos de plena vanguardia y esto se verifica prestando atención a los nuevos troveros, jóvenes convenientemente inquietos, que pueblan parques y plazas como lugar de reunión, con un falso descuido en su indumentaria y sagaces en la forma de apreciar su entorno y el mundo que les rodea. Les llaman raperos a diferencia del antiguo nombre de poeta, pero en el fondo su denuncia, doscientos años más tarde sigue siendo igualmente seráfica.

Juan Vera Gil

SUS ÚLTIMOS DÍAS

*El Seráfico se muere,
cavalle la sepultura
y llamad al señor cura
que le cante el miserere.*



Déjame que beba vino

*Mi madre estará diciendo
dónde estará este muchacho
estará en casa del Lelo
y me lo traerán borracho.*

(Canción popular eldense
de los años cuarenta)

Los años cuarenta sobre mis cuartillas, producto de mis recuerdos. Estos fluyen a consecuencia de un aviso amigo instándome a conmemorar el segundo centenario del nacimiento de nuestro entrañable y bohemio vate: Francisco Ganga Ager, El Seráfico, nacido en Elda el 22 de febrero de 1812. En aquel tiempo, los referidos años cuarenta del siglo pasado con que iniciamos este escrito, pertenecientes al periodo de nuestra mocedad, que nada tienen que ver con los tiempos de nuestro personaje a recordar y sobre el que vamos a centrar nuestros recuerdos, fueron años difíciles, envueltos en la más potente crisis económica. En plena posguerra de aquel conflicto incivil, con necesidades de todo tipo largamente insistentes, donde la hambruna era como “pan cotidiano”, obviando en este caso lo de “pan”, ya que este producto era en cierto modo escamoteado, teniendo que recurrir en su busca y en determinados momentos al estraperlo, nuevo negocio en auge. También la industria zapatera hubo que rehacerla dentro de las mayores dificultades, con carencias materiales de todo tipo, también *estraperleadas*; incluso sin fluido eléctrico: las máquinas fabriles se movían de noche, el horario previsto, por ahorro. Se trabajaba como se podía, toda la semana, incluso los sábados, hasta que se estableció la semana inglesa en que se libraba las tardes de este día.

Pues bien, entonces, también las formas de evasión, de distracción o de diversión como se quieran definir, eran

completamente austeras, mínimas. Tan sólo el cine durante las tardes del domingo —salas completamente copadas por abonos— era punto de reunión familiar, quedando para los más jóvenes aquellos guateques de inolvidable recuerdo. Otra forma de alternancia, sin un solo automóvil aparcado en las calles a imposibles evasiones y puesta de moda para los varones, era la visita a tascas y tabernas. Se acudía allí en busca de sensaciones pertenecientes a un mundo donde el esnobismo morboso de lo no aceptable por carecer de ejemplo decoroso, y sí punible por el alcohol, entonaba sus atrayentes cantos de sirenas. La calle la Tripa, entonces larga y estrecha como conducto intestinal y como su nombre indica, acogía esta especie de establecimientos de ínfima y cautivadora categoría ambiental. En mis recuerdos aparecen la Tasca del Lelo y la Copa de Plata como referentes a estos lugares; allí se bebía vino hasta la saciedad, aderezado por el consumo de picantes habas cocidas con aviesas guindillas. Y se cantaba mucho, por influencia de los vapores etílicos, canciones del momento: boleros, rancheras, tangos y también cánticos de inspiración eldense, como por ejem-



Evocación de El Seráfico



La tradicionalmente conocida como calle la Tripa fue rotulada bajo el nombre del sacerdote eldense Gonzalo Sempere Juan, cuya parte final era llamada calle del Trinquete

plo: “*Tu madre tuvo la culpa / por dejar la puerta abierta, / y yo por meter la mano / y tú por estarte quieta...*”, y zarzueleras, en las que siempre había un tenor que empezaba, (también por ejemplo): “*Si Dios hubiese hecho de vino el mar, / yo me volviera pato para nadar...*”, a lo que el coro de bebedores contestaba: “*La niña que a la mar se va a lavar los pies...*”, etc.

A este ambiente festivo y tabernero, notablemente con reminiscencias decimonónicas, se nos ocurrió, al grupo literario “Dahellos” entonces en funciones, hacer llegar la palabra de nuestro poeta eldense andariego y vagabundo, conocido en todos los pueblos de la contornada, lugares donde iba sembrando sus espontáneas divagaciones poéticas meticulosamente recogidas por el pueblo. La Tasca del Lelo, lugar elegido para aquella idea nuestra, considerada el marco sumamente apropiado a sus vivencias, fue el lugar ideal para contactar con El Seráfico. Por tal motivo, organizamos una especie de recital de sus poemas, leídos de aquella recopilación que hizo de ellos el abogado don Emilio Vicedo, de Novelda, en el año 1902. Y entre vapores etílicos y eufóricas exclamaciones fuimos recitando aquellos versos “seráfinos” anulando en cierto momento los cantos de los otros comensales asistentes en “ca el Lelo”. Tan mal lo haríamos, por deficiencias declamatorias, que el tenor de turno en aquel momento en la tasca, se ofreció a leer el texto;

se llamaba, según creo recordar: Pedro, “El Aficionao”, ya conocido por sus actuaciones histriónicas en anteriores asistencia a estos lugares.

De esta forma, Pedro, “El Aficionao”, de figura alta y delgada, nariz aguileña, con cabello peinado con gomina, empleado como cortador en una fábrica de calzado, con notable dedicación a las artes escénicas y al *bel canto*, y con su potente y bien modulada voz nos fue recitando aquellos versos con el eufórico y entusiasta aplauso, producto de la bebida y de emocionados encuentros populares del público asistente, convirtiendo aquel momento en improvisado y primer homenaje a El Seráfico. Nuestro insigne tribuno don Emilio Castelar dijo: “*Si no hubieran viñas conocería el mundo el mérito del Seráfico*”, loable aseveración, si no pensáramos también que el vino eran las alas donde nuestro vate encontraba la inspiración en su vuelo de hombre libre. El Seráfico, sin ataduras rutinarias y sociales, buscando trabajo cuando le apetecía, regalando sus cuartetos y décimas en ágoras y tabernas, templos éstos donde rendía culto al dios Baco y a la suprema y auténtica Libertad. A un familiar que quería apartarle de las libaciones y de la bohemia trashumante, le contestó:

*Déjame que beba vino
tenga dinero o no tenga,
y cuando no te convenga
puedes tomar el camino.*

Ernesto García Llobregat

El Seráfico, la muerte y el tiempo

A cercarse a la figura literaria de Francisco Juan Ganga Ager, El Seráfico, es aproximarse a una época convulsa de la Historia de España, como también lo es la Historia de la Literatura que corresponde a su trayectoria vital: Romanticismo y Realismo. Si el Romanticismo se evade de la realidad o se rebela contra ella, el Realismo retrata la realidad para dar cuenta de ella a futuras generaciones; unas veces, con ánimo de crítica y denuncia; otras, muestra la cara amable de la Naturaleza y del Hombre. La figura de El Seráfico se incardina en esa poesía rebelde y revolucionaria del romanticismo que representa Espronceda y que no contradice, en ningún momento, la profunda raigambre popular de su lírica. Probablemente El Seráfico fuera romántico de lucha y de batalla —en sus poemas satírico-políticos— pero es sobre todo un poeta popular “de versos ágiles y punzantes como avispas” como señalaba don Juan Madrona, e iletrado, “franciscano”, dijo de él Azorín.

Un aspecto que siempre me ha llamado especialmente la atención de su poesía es el tratamiento del tema de la muerte y el tiempo. Estoy segura de que todos ustedes han leído alguna vez los dos poemas que, esculpidos en piedra, están situados en la entrada del cementerio de Santa Bár-

bara: “Mueren todos los prelados” y “Vendréis hasta aquí mortales”.

“Mueren todos los prelados” muestra la imagen contundente de una muerte que iguala a los poderes terrenales siguiendo un orden de gradación. En primer lugar, el poder eclesiástico, “los prelados”, quizá porque quien nos podría abrir las puertas de nuestro cielo cristiano es, también, un hombre de carne y hueso. El poder judicial es citado en segundo lugar “los jueces” quienes deben impartir justicia terrena. El poder ejecutivo es el tercero en ser nombrado: “los gobernadores” quienes han de hacer buen uso del poder y trabajar por el bien común, los políticos. En dos versos el poeta enfrenta e iguala el símbolo del poder sobre el mundo espiritual y el poder sobre el mundo terrenal. Frente a ellos, quienes cuidan de la salud del cuerpo tampoco son ajenos a la inexorabilidad de la muerte: “doctores y cirujanos”. Así, parece recordarnos que ni la sabiduría ni el dinero pueden comprar la salud. La imprecación “Abrid los ojos, mundanos,” se constituye en la llamada de atención a nosotros, sus lectores, con el siguiente aviso: “no pecar que eso es locura” porque nuestro corazón ha de ser tan ligero y limpio como la pluma de Maat, ante nuestro dios cristiano cuando llega el momento definitivo y crucial

en el que “hemos de morir”. Quizá Francisco Juan Ganga Ager no leyera nunca las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique, pero me atrevería a decir que en esta composición se halla el rotundo eco poético manriqueño que enlaza con el tópico medieval de la “muerte igualadora” de las *Danzas de la muerte*.

El tópico de la *vita brevis*, la vida es breve, es recreado en “Vendréis hasta aquí mortales”. Sin excepción, todos seremos llamados “dejando este mundo ruin” en el que todo es *vanitas vanitatum*, vanidad de vanidades y sólo vanidad. La muerte es el fin de todo: “de los bienes y los males” y también es el fin del tiempo, del tiempo vital de cada individuo: “aquí llegaréis muy pronto/ reducidos a la nada” porque *tempus fugit*, el tiempo huye, se nos escapa como el agua entre los dedos y, así, moriremos todos, solos, sin compañía, nadie va a ocupar nuestro lugar cuando llegue nuestro día y nuestra hora.

El Seráfico recrea temas y tópicos eternos de la literatura universal: la igualdad ante la muerte y el paso fugaz del tiempo. No obstante, conociendo su trayectoria vital quizá coincidiría con José Luis Sampedro en que “el tiempo no es oro, el tiempo es vida”.

María del Corpus Requena Sáez

AVE MARÍA

*Dios te salve nazarena,
fiero terror de Luzbel,
por siempre de gracia llena,
cual te lo anunció Gabriel,
con su cándida azucena.*

*Por tan singular favor
y tu divino semblante,
eres de España el honor,
y el consuelo del que amante
busca contigo al Señor.*

*Bendita mil veces eres,
del cristiano norte y guía,
al abismo eterno hieres,
siendo pura como el día,
entre todas las mujeres.*

*Mi desconsolado luto,
en ti su favor encuentre
castigando al genio bruto;
bendito sea de tu vientre
el preciosísimo fruto.*

*Santa María de Dios madre,
a tu pureza loores;
y para que bien les cuadre
ruega por los pecadores,
al Hijo, Espíritu y Padre.*

*Hacedlo, pues, gran señora,
y aliviad mi triste suerte,
ahora, y en la triste hora,
de mi inevitable muerte,
un pecador os lo implora.*



Blanco & Negro

ó p t i c a s

antonino vera, 31 03600 elda (alicante) Tel. 966 982 171 www.bnopticas.com